

Doña Asunción amanecía contenta aquella mañana, hacía tiempo que no veía a su hijo de tan buen humor. «Ay, ya era hora, ya era hora», musitaba para sí, embelesada, con sus casi noventa y cuatro años. Trataba de transmitir una falsa tranquilidad, como si nada especial estuviera sucediendo, cuando, en realidad, para ella era todo un acontecimiento. No olvidaba la promesa que le había hecho a su marido en el lecho de muerte: «No te preocupes, Paco, que a nuestro Eugenio le encuentro una moza». Y aquellas palabras la habían estado acosando sin descanso, a ella, una ferviente devota de la Virgen de la Espiga, a la que le había encomendado aquella santa misión. Tantas velas encendidas al ponerse el sol y tantas plegarias parecían haber dado sus frutos, algo había percibido en su hijo la noche anterior, durante la cena, unos gestos que solo una madre puede percibir.

La mujer sabía que algo se estaba cocinando, como los huevos que había puesto a hervir a primera hora del día. Tenía la cafetera lista y la mesa dispuesta para el desayuno de Eugenio, incluso se había tomado la libertad de arreglar un jarrón con discretas flores silvestres. Unos pasos por la escalera la pusieron sobre aviso, encendió el gas y se dispuso a fregar los platos de la pasada cena.

—Buenos días, madre —saludó este—, ¿ha dormido bien esta noche?

—Sí, cariño, hoy no me he despertado de madrugada —contestó—. Anda, siéntate y come algo, que ayer apenas probaste bocado.

—No, no me prepare nada —señaló mientras se repeinaba con la mano derecha—, debe de ser el calor, ya sabe que a padre le sentaba mal. Si acaso tomaré algo en el Bar Manolo, más tarde.

—¿Vas a salir? —La pregunta quedó en el aire, sin respuesta—. Deja que te ayude. A ver, no te muevas. Así mucho mejor. Es lo que le hacía a tu padre cuando iba a jugar a las cartas.

—Gracias, madre. No me espere para comer, no sé si volveré a la hora. —Y le dio un beso en la mejilla.

Eugenio abandonó el comedor como una exhalación, justo en el momento en que comenzaba a salir el café, pero a doña Asunción no parecía importarle, pues se había dejado caer sobre una de las sillas y sonreía de felicidad. «Ay, se lo tengo que contar a Rosa: mi hijo tiene una cita», pensó conforme descolgaba el teléfono.

En el exterior del número 17 de la calle Fragua la temperatura era agradable, propia de las primeras horas de los días de agosto. Olía a verano, a verano y a flores, y un escalofrío recorrió la espalda de Eugenio. Habían transcurrido cuarenta años, y aún se acordaba. Aquella nota que había hallado bajo uno de los maceteros de su ventana no era ningún sueño, eran las palabras de amor que él mismo había escrito tras aquella noche iluminada por las lágrimas de San Lorenzo, y le habían sido devueltas con unas palabras añadidas: «Te espero mañana a las nueve en el Bar Manolo».

Cercano a la jubilación, Eugenio era bien parecido. Tenía la piel morena por el sol, una abundante capa de pelo cano y unos ojos de un color verde intenso, casi misterioso. Se solía decir en el pueblo que era «el guapo», mote heredado por parte del padre, si bien él habría preferido parecerse más a la madre. Ya le resultaba terriblemente duro ver su reflejo por las mañanas al salir de la ducha.

Como aún era pronto decidió subir lentamente la calle. Apretaba con fuerza la nota contra la palma de su mano, tanto que no se dio cuenta de que Juan estaba asomado en el balcón de una de las casas nuevas, fumando, cosa que a este le sorprendió, pues siempre tenía a Eugenio bebiendo de sus labios. La presencia de la bandera española en los balcones indicaba la llegada a la plaza de la Villa, donde estaba situada la Casa Consistorial. Dos niños correteaban dando patadas a un balón de fútbol mientras hacían planes para ir a la piscina. Y ahí estaba, sentado de espaldas y con un sombrero de paja sobre la cabeza mientras leía un libro.

—¿Arturo? —llamó Eugenio, y este se volvió, sonriente. De su juventud apenas quedaba nada, salvo su cálida sonrisa y el blanco de los ojos.

—Hombre, Eugenio. ¡Qué bien te veo! No has cambiado en absoluto, bribón. —Y le señaló la silla de enfrente con su brazo—. Café con leche templada, ¿verdad?

—Veo que de eso te acuerdas —sostuvo Eugenio con ira mientras Arturo hacía señas a una de las camareras nuevas.

—¿Cómo está mi querida Asunción? ¿Y tu hermana? Seguro que...

—Te fuiste —interrumpió bruscamente Eugenio—, te fuiste y me dejaste tirado aquí, en medio de la nada. Y no, no te atrevas a responder, al menos no de momento —censuró con la mirada—. Me lo prometiste. ¡Me lo prometiste, Arturo!

La joven dejó el café y sirvió la leche en medio de un tenso silencio.

—Tu padre...

—Mi padre falleció hace diez años y tú lo sabrías si...

—Tu padre nos vio aquella noche, Eugenio. —Este guardó silencio casi de inmediato—. Primero, fue testigo del beso; después, cuando llegué a la puerta de mi casa, yo descubrí aquellos puños que tú tan bien conocías. Pero él no paró como hacía contigo, no había madre que lo alejara. Me golpeó, una y otra vez, y cuando ya no podía moverme en el suelo —relataba con lágrimas en los ojos— me escupió con rabia la palabra «maricón». Tenía miedo, y sí, Eugenio —afirmó apartando la mirada—, fui un cobarde y hui.

Eugenio le tomó de la mano, sin importarle las apariencias o el qué dirán.

—Teníamos veintidós años y todo un camino por recorrer, Ar. Míranos ahora —suspiró—, somos dos viejas lloronas que tiran del carro de la tristeza.

—Pensaba que lo sabrías, que tu padre te habría dicho algo.

—Lo que pudiera haber dicho —negó este— se lo llevó a la tumba, afortunadamente. Pero pese a todo, lo echo de menos. No sé si a él o al recuerdo del padre que no fue... Ha debido de resultarte duro volver a Ajalvir.

—Ya no tenía miedo, Eugenio —contestó—, cuando me di cuenta, decidí regresar. Nunca quise marcharme, ¿sabes? Este es mi hogar, y ahora, después de mucho tiempo, puedo decir que me siento en casa.

Los dos hombres disfrutaban del tacto de su piel, ajenos a las miradas de aquellos que ya empezaban a cuchichear a su alrededor. Se miraban, tratando de leer las historias tras los surcos de las arrugas irremediables de los años. Volvían al punto de partida, volvían, de algún modo, a ser ellos.

—Quizás —comenzó a decir Arturo—, quizás sea posible...

—¿Qué estabas diciendo? —preguntó Eugenio, que no le había prestado atención, de lo absorto que estaba.

—¿Puedes dejarme un segundo tu teléfono? —solicitó inocentemente.

—Claro, ten. —Y se lo entregó a Arturo.

Este se levantó deprisa y echó a correr, dejando caer la silla contra el suelo. El café se derramó de los labios de Eugenio, que se abrieron al traer de vuelta aquel recuerdo que creía perdido.

—Sígueme, Eugenio, ¡a ver si me pillas! —gritaba Arturo ante el asombro de los viandantes.

La sonrisa surcaba el rostro de Eugenio. Sus ojos brillaban de nuevo y su pelo había recuperado el tono cobrizo de antaño. Por un instante volvía a los dorados años de juventud, y salió tras él, persiguiéndolo.

Los dos jóvenes subían y reían por la calle de San Roque, rumbo a la ermita. Arturo le había quitado aquel globo a un joven Eugenio, y este quería recuperarlo. Los dos hombres dejaron atrás la construcción de la nueva urbanización y se internaron en el cerro de la Utrera, arañándose la ropa con los cardos, de tamaño considerable. Niños o adultos, la línea del tiempo había vuelto a juntarse.

Agotados, alcanzaron lo alto del cerro, quedando la villa a sus pies, con la torre de la iglesia sobresaliendo. Agarrados de la mano contemplaban el pueblo que de una u otra forma había marcado sus vidas, pero que sentían como suyo.

—Te prometí que me gustaría envejecer a tu lado. Sé que llego cuarenta años tarde...

Eugenio miró fijamente a Arturo.

—Aún nos queda una vida por delante —respondió.

Y lo besó, lo besó como hiciera aquel día de verano de 1982, cuando era noche cerrada y las perseidas sobrevolaban sus cabezas. Los dos hombres, emocionados, miraban más allá del pueblo, más allá de su destino. Las campanas de la iglesia comenzaron a tañer y aquella nota que vio nacer el cariño y que lo había mantenido vivo con el paso de los lustros se escapó de entre sus dedos. Ambos, Eugenio y Arturo, eran, al fin, libres.